

THE RIME OF THE ANCIENT MARINER

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

EN la mañana del miércoles 13 de mayo —64 aniversario de la aparición de Fátima— nada sabía yo de que iban a disparar al Papa, ni a nadie. Así que me pareció un buen día. Porque hacía sol y se notaba la primavera en las flores, que algún buen aficionado había colocado en el monumento a Valle Inclán del Paseo de Recoletos, y en las muchachas que pedían para la lucha contra el cáncer, subidas en patines. Las casetas de la Feria del Libro de Ocasión, pregonada días antes por Cela con las bendiciones de Tierno Galván, empezaban a abrir.

Compré allí una primera edición de «Grageas» de Mariano de Cavia —maestro de periodistas, dicen al referirse a él, aunque es hoy más conocido por el premio de «ABC»—, impresa por Antonio Marzo, en la calle de Pozas, número 12, el año 1901; y también una vieja estampa de Las Ramblas, que a lo peor no era vieja. Ese día el Recoletos de Madrid, parecía Las Ramblas de Barcelona.

En los jardines del Palacio de Buenavista, donde fue a morir Prim, tocaba una banda militar y enfrente aparecía vacío y viejo el Palacio de Linares, patrimonio particular otra vez tras haberlo sido nacional, gracias al talento de Berlanga y Luis Escobar o de Escobar y Luis Berlanga.

La estampa era para regalar a Carlos Barral, hospedado en el Hotel Suecia. El día anterior presentó en la Librería Cristal la novela «Tantas veces Pedro» (Cátedra) del peruano Alfredo Bryce Echenique, en compañía de Gustavo Domínguez, Pepe Esteban, Sánchez-Dragó, Armas Marcelo y el autor.

Carlos Barral vive siempre —cuando está en Madrid— en el Hotel Suecia. La culpa es de Joan Raventós.

Hace casi treinta años, recién inaugurado el hotel, viajaba Carlos a Madrid y le dijo Raventós:

—Vete al Suecia, que está lleno de socialistas.

Y resultó que sólo había uno, magnificado y multiplicado por el entusiasmo

juvenil del hoy secretario general de los socialistas catalanes.

Por entonces Carlos Barral ya se había licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona, donde había nacido en 1928 (nació en Barcelona, pero no en una aula, claro está).

Después se hizo editor: Editorial Seix Barral, 1950-1969; Barral Editores, los diez años siguientes. Y los premios Biblioteca Breve, International de Litterature, Formentor, Barral. Escribió poesía: «Las aguas reiteradas», 1952; «Metropolitano», 1957; «Diecinueve figuras de mi historia civil», 1961; «Usuras», 1965; «Figuración y fuga», 1966; «Informe personal sobre el alba y acerca de algunas autoras particulares», 1970; «Usuras y figuraciones», 1973. Y en prosa dos libros de memorias: «Años de penitencia», 1975; y «Los años sin excusa», 1978.

Le llevo este último libro para que me sea dedicado y le pregunto por su vuelta al mundo editorial.

—Por una parte, sin fundar empresa ninguna y como editor singular, yo voy a reemprender con mi nombre la tarea editorial en un terreno muy concreto: la poesía y el ensayo sobre poesía. Eso lo voy a hacer con mi nombre Carlos Barral Editor, con los delfines verdes...

—Aquí están en blanco...

—Sí, pero suelen ser verdes. Y me propongo hacer eso, sin montar una empresa y con medios artesanales, con una producción muy limitada y exquisita. Lo más ambicioso de ese proyecto es que quisiera continuar con esa operación de hacer la obra poética en edición crítica, por ejemplo de los poetas del Veintisiete...

—¿Cómo la que hiciste de Cernuda?

—Sí. Como lo que hice con Cernuda. Lo que estoy haciendo con Guillén, que ahora estoy terminando de hacer, a pesar de que la editorial no funciona. Pero ahora está en prensa «Final», el último libro que publicará Guillén en vida.

—Lo de en vida es un poco temerario. Puede publicar todavía mucho más.

—No creo que los publique ya en vida, aunque tiene ochenta y ocho años y está muy bien, él es muy consciente que con esto termina «Aire nuestro»,

que se compone de cinco volúmenes que son «Cántico», «Glamor», «Homenaje» y «Final», exactamente.

—Entonces serían cuatro.

—No. Y «Otros poemas» y «Final». Son cinco. Estos han nacido después que Barral Editores se paralizó. «Final» son poemas totalmente inéditos en su mayoría y aparece ahora: está en prensa. Y con eso termina «Aire nuestro», por lo tanto lo que Guillén calculó hace muchos años como su obra poética completa. Naturalmente si se sobrevive, que esperemos todos que sí, quedará una cantidad de poesía, pero eso no constituirá un tomo que él publique en vida. Será póstumo. Lo otro es otra cuestión.

—¿Cuál?

—Lo otro es la Biblioteca del Fénice. La voy a hacer en colaboración con un editor que ya existe, que no diré yo quien es porque realmente debe ser la editorial quien lo diga. Es una biblioteca en la que me propongo poner un poco de orden en esto de la narrativa contemporánea. Va a ser una biblioteca con un ritmo de publicación bastante demorado.

—¿Quiénes van a estar aquí? Aparte de Bryce Echenique, como ya anunciaste ayer.

—Quisiera salir con el próximo libro de Bryce y el próximo libro de Juan García Hortelano.

—¿Cómo se llama el de Bryce?

—La verdad es que no sé ni cómo se llama. Yo sé que una parte de lo que había pensado publicar antes como libro independiente se llama «El viacrucis rectal de...», que cuenta una historia autobiográfica. Y el de Juan García Hortelano...

—Gramática parda.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Y quién más? Si no titulas, nombres.

—No te puedo decir. Probablemente Vaz de Soto... No está organizado todavía. Me propongo publicar unas ocho novelas al año. A esa «Biblioteca del Fénice» es probable que se incorporen también algunos autores extranjeros. Muy escasamente. Yo quisiera hacer un poco la labor de descubrimiento que he hecho con el Musil o con autores de ese tipo. Estoy pensando en un autor que a mí me inte-

resa muchísimo, que no está traducido al español y nadie sabe quién es, pero que es el mayor de los escritores impresionistas alemanes, que es Hans Henny Jahn, que murió hacia los años sesenta.

—Habla de él.

—Jahn es hamburgués y su padre era constructor de barcos de madera, es decir, carpintero de ribera. Vivió en esos barrios portuarios de Hamburgo toda su infancia. Eso está muy presente en su obra. Luego, durante su largo exilio y después, se dedicó a una cosa rarísima que fue a la reconstrucción de órganos antiguos, de órganos catedralicios; es además un teórico de eso, inventó un tipo de órgano moderno con un sistema de tubos distinto, y creó una mafia internacional de fabricantes y reparadores de órganos y yo creo que eso ha oscurecido un poco su figura, porque es mucho más célebre en ese terreno que en el de la literatura y yo creo que es el maestro de la narrativa impresionista... no [expresionista!]

—Hablas de desorden ¿está desordenada la narrativa?

—La narrativa está desordenada por culpa precisamente de los editores. Se ha producido una especie de locura de concentración de los títulos y de los nombres de los editados en muy pocas marcas editoriales. Marcas muy industriales. Ha desaparecido el editor intermedio, entre el artesano y el industrial. Y se ha despersonalizado totalmente la cartera de autores. Los autores no pertenecen ya a una editorial. Se ha producido una situación muy caótica en la que intervienen los premios millonarios, los artistas millonarios, la subasta de derechos de autor... Esto ha desviado completamente al lector... Respecto a la ambición literaria, no digo respecto a la calidad.

—Respecto a la calidad has hecho recientemente unos juicios bastante duros sobre los últimos premios. Concretamente sobre el libro de Juan Benet y los libros de Vázquez Montalbán.

—Bueno, eso es otra cuestión. Yo creo que esa estúpida moda de imitar los géneros literarios creyendo probablemente que eso acerca a un lector no aficionado a la literatura que no es de su género... Eso es un error. A mí no me interesa.

—Lo que te decía antes es que todo eso se concreta en una cosa que se llama «Biblioteca del Fénice», lo cual no deja de ser simbólico. Y es un proyecto bastante avanzado.

Calafell y el Prado

—¿Sigues teniendo el barco «Capitán Argüello»?

—Sí. Además, el último barco que tuvo mi padre se llamaba «Capitán Argüello» también. Y mi padre se llama

maba capitán Argüello en tanto que autor de libros de divulgación, destinados a las escuelas en los años treinta. Libros sobre el mar, que tuvieron enorme difusión. Y yo mismo soy conocido en mi pueblo como capitán Argüello.

—¿Cuál es tu pueblo?

—Mi pueblo es Calafell. Fue un pueblo marinero al que yo estoy muy ligado, que ha sido transformado completamente por el cambio social producido por el turismo, hasta el punto de que no quedan apenas rastros de lo que fue...

—En el último libro de García Márquez

sale Calafell, habla de un cura que está retirado allí.

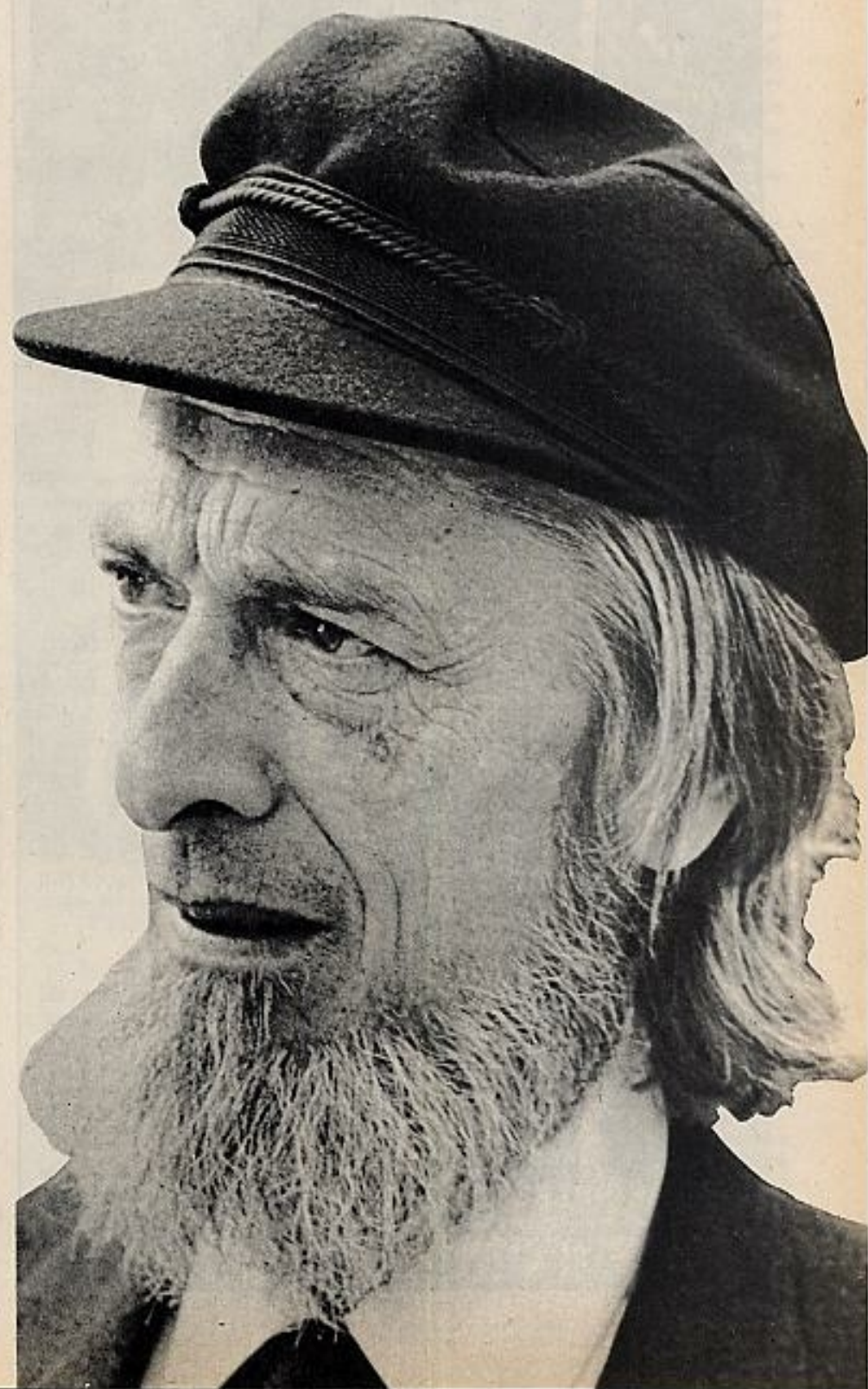
—García Márquez, a causa de mi vinculación a ese pueblo, pasó allí algunas vacaciones.

—El último libro de García Márquez no te ha gustado.

—El último libro de García Márquez no es que no me haya gustado, es que no lo he leído todavía.

—Pero tú has dicho en una entrevista que no es el mejor de sus libros.

—Tengo esa impresión: entre otras cosas por su tamaño. Por otra parte, no hagas caso de esa entrevista, porque es el resumen de una larguísima entre-





Barral, en la puerta del Prado. Detrás uno de «los cien mejores árboles del mundo».

vista en magnetofón con muchas cintas.

—Esta procuraremos que sea corta y la daremos entera. Bien. Vamos a hablar del tema editorial que viene la Feria del Libro.

(Y dicen por el altavoz, «señor Barral al teléfono». Estamos en el bar del hotel. Y cuando vuelve de hablar nos vamos hacia el Museo del Prado, visita frecuente de Barral en sus días madrileños, para ver los cuadros llegados del Ermitage de Leningrado. En la puerta de Velázquez tira Ramón Rodríguez las fotos, mientras el poeta marinero y yo hablamos de los grandes árboles, maravillosos árboles de la puerta... Eugenio d'Ors los colocaba entre los cien mejores árboles del mundo —«Tres horas en el Museo del Prado»— sin decir, por cierto, a qué especie pertenecían. Barral cree que son araucarias. No lo sé, que uno en esto de los árboles no va más allá de los ibéricos incluidos en el catálogo de Ceballos y Ruiz de la Torre, editado por el INIA y la Escuela de Montes.

Entramos al Prado, hoy Ermitage. Y allí nos sorprende un viejo conocido.

—¿Anda, Alonso de Ercilla!

—¡Sí, el de los libros de texto!

—Así que el retrato era del Greco.

—No lo parece. La verdad es que no tiene nada que ver.

(Y así es. Y Barral cuenta luego una visita a una capilla mexicana.)

—... Y en la puerta de esa iglesia, en un rinconcito, hay una placa que dice que allí murió acuchillado con la espada en la mano el poeta sevillano Gutierrez de Cetina...

—Así que murió en Puebla de los Angeles.

—Y, además, en un asunto tabernario-erótico.

—Acaso por algunos ojos no demasiados claros o al menos no demasiado serenos.

—Yo sabía que había muerto muy joven, pero no que hubiera muerto en América.

(Nos paramos ante un cuadro de mar.)

—¿En un mar como este puede navegar el «Capitán Argüello»?

—A lo mejor no. A lo mejor tiene demasiado poco calado y no hay ni un metro de agua.

—¿Tan poco?

—Sí. Eso es entrada de un canal, seguramente. ¿De dónde dice ahí que es?

—«El río Maas cerca de Doodrech», de Jan van Goyen.

—Puede ser la entrada a un canal. Los mares, cuanto más secos, más peligrosos. El peor mar de Europa es el Báltico, que no tiene fondo. Por eso los vikingos se hicieron tan buenos navegantes.

—O sea, que para ellos andar por aquí abajo debió ser como venir a una regata.

—¡Claro! Porque estaban acostumbrados a una mar durísima, de ola corta, que es la peor... Como es mucho más peligroso para navegar el Mediterráneo que el Atlántico...

—Yo creía que era al revés.

—Y más peligroso el Atlántico que el Pacífico. A pesar de que las olas sean allí mayores. El hombre de tierra piensa que cuanto más altas son las olas, peor es el temporal.

—Digamos, entonces, que a mayor longitud de onda, menor peligro.

—Claro. Porque la frecuencia es mucho más... No te da salida, como decimos los marinos. En un barco pequeño no te da salida.

—Tú hiciste estudios de náutica.

—Para sacar el título de capitán de yate.

—¿Sin el título no se puede navegar?

—Yo creo que sí.

—Pero aprendiste a navegar navegando.

—Sí, sí. Yo aprendí a navegar desde la cuna.

—Tu padre también tenía ofición.

—Y tenía barcos. Yo he navegado siempre. No me recuerdo nunca en seco.

—¿Sabes que a Benet, que no sé si le gusta navegar o no, pero le gusta pintar...?

—Batallas navales, sí.

—¿Has visto cuadros suyos?

—No. Vi una reproducción que me enseñó...

—¿Y qué es: mejor pintor o mejor escritor?

—Espero que sea mejor escritor.

—«Espero»: ¿no sabes si lo es o no?

—No. Porque no sé cómo es como pintor.

(Y seguimos en la exposición. «Esto es un Hals —me dice— que es un pintor que falta en el Prado», Frans Hals, «Retrato de Caballero». «¡Fíjate qué maravilla de telas!», ante Saskia, la mujer de Rembrandt vestida de «Flora». «Y al mismo tiempo —continúa— qué estupidez desde el punto de vista de la composición.»

Y ante un retrato del Conde-Duque de Olivares, por Velázquez, señalado con el número 4135 en el ángulo inferior derecho del cuadro, sentencia: «El Franco de su época»...

Salimos a la calle y le pregunto por su apellido.)

—Tú eres vizconde.

—No.

—Aún no. Pero lo serás.

—Lo reivindicaré.

—¿Vizconde de qué?

—De mi apellido será. Pero, bueno, eso no lo pongas.

—Sí hombre, eso hay que ponerlo.

—No lo pongas que me estropeas el número de vencer al rey.

—Cuéntame lo del caballero antecesor tuyo.



Le gustan los bastones de capitán de ballenero y tiene un barco que se llama «Capitán Argüello».

—Ese caballero es el más viejo de mis antepasados, porque evidentemente sólo hay una línea étnica con mi apellido en Cataluña. El apellido tiene ramas provenzales. Y luego ramas modernas derramadas por otros sitios. Por ejemplo: los hay en Galicia, muy pocos; y en Soria. Y son todos picapedreros, curiosamente. Es decir, canteros. Esa es la rama del camino de Santiago. Pero la rama catalana es una sola familia, evidentemente. Entonces el más antiguo documentado data del año 1002, que si te das cuenta es sólo pocos años después de la destrucción de Barcelona por Almanzor en el año 985. Y ese caballero de mi nombre, mi más antiguo bisabuelo, estaba en el séquito del conde Ramón el Viejo.

—¿Y Emiliano Barral, el que era escultor...?

—No, no. Ese es de la rama de Soria. Me imagino que también venía de una familia de canteros.

—Siendo escultor es muy natural que venga de una familia de canteros.

—Y si tú coges el listín telefónico de Soria verás que hay varios y todos se dedican a eso de estatuaria y cantería

El nieto Malcolm

—¿Y tienes manías a la hora de escribir? En la forma de hacerlo, quiero decir.

—Sí. Yo escribo de dos modos dis-

tintos. Llevo siempre encima esto (y me enseña una especie de cartera de bolsillo con cierre de broche y papeles amarillentos). Ahí llevo un poema a medio escribir. Y, generalmente, una copia del último poema ya escrito. Ese poema a medio escribir me dura meses. Voy tomando notas. Y el último poema, que ya he escrito y ya considero acabado, el último o dos últimos poemas, también los llevo porque de pronto...

—... rectificas algo.

—Rectifico, porque se ligan. El poema tiene una biología y, en mi caso, una biología lenta. Y eso me puede durar meses. Un poema de treinta versos puede durarme alegremente cuatro meses en el bolsillo, sin acabar de nacer, hasta que lo dé por liquidado.

—O sea, cada verso cuatro días. Esa es tu productividad lírica.

—Sí. Ese es el ritmo de productividad. Aparte de que hay épocas en que no escribo nada.

—Ya, ya.

—En cambio, en general, la prosa la dicto toda.

—¿La dictas?

—Toda. Directamente a la máquina de escribir. Se sienta una persona. Tengo una especie de secretario, que al mismo tiempo es corrector de imprenta y me va muy bien, desde ese punto de vista, porque deja unos originales absolutamente limpios y ya todos preparados. Y a ese señor voy dictando tanto los artículos como la prosa.

—Así que los «Años de penitencia» y «Los años sin excusa», son dictados.

—En parte. Entonces no tenía las facilidades que tengo ahora de distribución del tiempo y una parte está dictada y otra no. Pero todo lo que he escrito después, sí.

—¿No has sentido nunca tentaciones de escribir novela?

—Bueno, te decía antes que estoy escribiendo tres libros...

—Hablemos de ellos.

—Un libro de poemas que se llamará probablemente «Poemas para el nieto Malcolm», que son unos poemas más bien difíciles, nada didácticos a pesar del título...

—Este nieto Malcolm ¿es un nieto tuyo, real?

—Es un nieto real, sí. Un nieto que tiene siete años.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Tengo cinco. Y dos nietos que son los dos hijos de la hija mayor. Y este hijo fue muy precoz porque lo tuvo cuando tenía diecisiete o dieciocho años, creo. También ya tiene siete años y con él tengo una relación muy densa, afectiva, esa relación curiosa de

CARLOS BARRAL

abuelo a nieto, de una manera muy viva y muy clara... Y entonces ese libro no es en absoluto didáctico y no es para que lo lea, ni ahora ni quizá nunca, el nieto Malcolm: pero me permitió volver a explicar la experiencia del mundo en una especie de diálogo explicativo con ese personaje real que es el nieto Malcolm, con un niño.

(Pasábamos por Neptuno y le propuse ir al bar del hotel Palace. «No, qué horror, eso estará lleno de catalanes!»). Así que vamos a sentarnos a casa Manolo, frente al teatro de la Zarzuela, tras comentarle yo las pocas zonas paseables que quedan en Madrid: «La verdad es que Barcelona tampoco tiene tantas ya». Carlos Barral pasea con un bastón, que tiene puño de plata, en forma de cabeza de águila. Le gustan los bastones de capitán de ballenero.)

—¿Cuántos bastones tienes?

—Tengo pocos. Porque hace muy poco que he empezado a usar bastón y es desde entonces que me intereso por ellos.

—Te compararon con Antonio Gala.

—Me dijeron que si imitaba a Gala. Y yo dije que no, que Gala también tenía vicios señoriales.

—¿Conoces personalmente a Gala?

—Sí. Y además le aprecio mucho y le tengo gran admiración. Admiración y afecto.

—De quién tú eres muy amigo es de Alberto Oliart, desde hace muchísimos años.

—Desde la adolescencia, sí. Una amistad de esas constantes.

—Oliart era poeta, también.

—Escribía poesía y yo creo que aún la escribe en secreto.

—¿Qué tal poeta era?

—Excesivamente clásico. Es decir: tímido respecto a la invención; pero muy competente.

Las memorias en novela

—Volvamos a tus otros dos libros.

—Estoy dictando simultáneamente dos libros de prosa. Uno en castellano y otro en catalán. El libro en castellano será una especie de cuarto tomo de mis memorias...

—¿Cuarto? Hasta ahora sólo llevas dos.

—El tercero no existe todavía, ni lo voy a escribir de momento. El tercero sería el que cubriría desde el sesenta y dos, más o menos, hasta el setenta y cinco, digamos. Lo que estoy escribiendo es un volumen que pasa después de la muerte de Franco, que no tiene fecha precisa y que transcurre a lo largo de un año que puede ser uno de los últimos años. En realidad es una novela, puesto que la mitad de

sus personajes son reales y la mitad de sus personajes son imaginarios. Y la historia está contada por un narrador que no soy yo y yo soy, en cambio, un personaje importante que constantemente habla y dialoga.

—Pero el narrador se te parece.

—El narrador habla de sí mismo y ese sí mismo se me parece.

—Eres tú también.

—No. Tiene otro oficio, otras circunstancias.

—¿Qué oficio tiene?

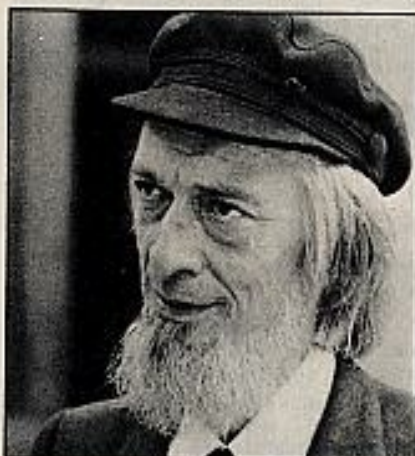
—Plástico, más bien un escultor que en el momento en que escribe este libro trabaja poco y está en un estado precatastrófico.

—Que no es tu estado.

—No, no es mi estado.

—¿De salud cómo andas?

—Bien.



La productividad lírica de Barral es pequeña: un verso cada cuatro días.

—¿Desde cuándo no bebes alcohol?

—Desde que me operaron de ... No. No bebo en absoluto desde que me hice esa implantación hace unos siete meses.

—¿Implantación de qué?

—Una implantación de «Esperal», que son unas pastillas que te colocan bajo la piel, en mi caso en la espalda, junto al omoplato...

(Desde entonces, Carlos Barral bebe cerveza sin alcohol.)

—¿Y qué título tiene el libro?

—Prueba de artista.

—Vamos con el otro.

—Es un libro en catalán. El primero que he escrito en catalán y el único que escribiré. Y es un libro que además únicamente podía haber escrito en catalán. Es un libro sobre la costa catalana. Un libro descriptivo y que cuenta un viaje teórico que es un resumen de muchos viajes a la vela desde las Columbretes hasta Colliure, que es lo que yo entiendo que geográ-

ficamente, históricamente, es la costa catalana...

—En las Columbretes hay unos langostinos fabulosos.

—Ahora, ya, prácticamente no hay nada. Pero lo que sí hay es mucho pez roquero y eso produce buena pesca submarina.

—Tú tienes un poema donde dices que los marineros te respetaban porque conocías «el nombre de los peces aún de los más raros». ¿Eso es así?

—Eso es así.

—¿Cuál es el título de este libro?

—Probablemente se llame «Voramar de Catalunya». Y ese libro me gustaría firmarlo con mi nombre marinero de «Capitán Argüello».

—También vas a hacer un «Breviario del pescado de la costa catalana» para José Esteban Editor.

—Pero eso es sólo un proyecto. Y es del marisco.

El mundo de los libros

—Bueno. Ya tenemos tus libros y tus nuevas aventuras editoriales. ¿Qué decimos de esto de las macroeditoriales?

—Me parece que ha tenido una gran importancia en la vida cultural española y en realidad en la vida literaria española y latinoamericana, en el ámbito de la lengua, en los últimos años. Es lo que yo llamaría confusión y catástrofe del mercado de los derechos de autor. Y al mismo tiempo también agudización de los problemas del mercado librero.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que ha ocurrido es lo siguiente: la publicación de libros literarios ha pasado de ser una gestión de la cultura escrita, hecha por editores esforzados, a convertirse en aparentemente un gran negocio que practican cuatro o cinco grandes centros de producción industrial, que tienen, sobre todo, grandes y eficaces redes de distribución a los puntos de venta librerías, que utilizan los medios de comunicación de masas y básicamente la televisión para su publicidad. Lo cual ha convertido la publicación en una especie de carrera de lanzamiento de libros sin cuenta alguna de su calidad, de su oportunidad, de su congruencia... De lanzamiento de eso que llaman ediciones millonarias, que son las de los premios u otras, de operaciones descaradamente comerciales. Lo cual ha favorecido a algunos autores, a una minoría de autores que han ganado mucho dinero con eso, lo que es de celebrar. Pero ha perjudicado enormemente a otros y ha hecho que nuevamente el pasar de ser inédito a ser editado sea tan difícil como en los años diez. Cuando, en cambio, era fácil y

estaba lleno de garantías de seriedad por parte de los editores en el año sesenta. Se ha producido eso que además tiene relación de causa a efecto, pero también dialéctica, con un problema concreto de la librería...

—¿Cuál?

—La librería se ha convertido en lo que se llama una «mesa de novedades». Es decir, los libros no tienen duración ninguna, están unos meses allí, como se dice en lenguaje comercial «en oferta». Y luego desaparecen de ahí y no se vuelven a encontrar nunca más. El señor que oye hablar de una novela que se publicó hace seis meses, acude a la librería a buscarla y ya no está. El librero tampoco la busca. El editor ya no sabe si la tiene en el almacén. Ese libro muere. Y, por lo tanto, da a la literatura, en tanto que producto de la imprenta, una vida brevísima. Y la sucesión de modas, caprichos, estupideces y errores se acumula...

—¿Hay arreglo?

—Yo creo que esto debe ser corregido, se va a corregir. No es que deba ser corregido por nadie, es que se va a corregir solo. Es decir, se va a producir nuevamente otro tipo de demanda, una demanda selectiva, una demanda de la persona a quien la literatura le interesa en tanto que tal y no en tanto que producto oportunista. Y donde no se van a poder producir esas confusiones horribles entre lo que es basura de quiosco, impresos para dormirse o para masturbarse, por un lado, y la literatura, por el otro.

—Has dicho alguna vez que el centro del mundo editorial en lengua castellana va a pasar de España a México

—Me parece muy claro y me parece que es así porque la vida literaria mexicana tiene más vitalidad y porque esa capitalidad industrial que tuvo España ya la ha perdido.

—¿La ha perdido?

—La ha perdido. Y, por otra parte, porque las relaciones de tipo cultural, editorial y librero —por este orden— entre España y los países de América Latina, en lugar de haber mejorado en los últimos años, han empeorado seriamente. Es decir, España ya no ocupa ese lugar de neutralidad que hacía posible que un escritor colombiano, para ser leído en Venezuela, pasara por España. Eso ya no ocurre.

Políticos competentes

(Y todavía seguimos hablando un rato. Su relación con el Partido Socialista: «Asisto a algunas reuniones de las comisiones de cultura pero, vamos, no soy un militante coizante». El periodismo y la literatura, que él separa mucho. La querrela de las len-

guas en Cataluña, entre un catalán que es lengua milenaria allí y un castellano que es allí centenaria, me dice. Su amistad con el editor Einaudi; su conocimiento de Hemingway en el Hotel Suecia, a donde también venía el escritor norteamericano; los diversos franquismos: «Desde el punto de vista de la historia de la cultura, para mí los franquismos se dividen en las etapas de la censura»... Y de la censura a la ley Fraga y a Fraga, su autor: «Tuviéramos un par de conversaciones cuando él era ministro y se empeñó en ver a los editores, más bien tensas, porque Fraga hacía afirmaciones pintorescas acerca de lo que era la cultura y la libertad de expresión...».

—Cuenta alguna.

—Ya las contaré en mis memorias. Era... En realidad era enormemente autoritario.

—¿Era, en pasado?

—En aquella época. Yo no le he vuelto a ver. Su papel político de ahora me es más bien simpático.

—¿Ah, sí?

—Me es más bien simpático, porque lo hace muy bien. Me parece que es de los tres o cuatro únicos personajes competentes en política que ha dado el postfranquismo.

—¿Quiénes son los otros?

—Aparte del Rey, que me parece el más competente de todos, pues Felipe y Carrillo. Me parece que basta.

—¿Pujol, no?

—Pujol es una caricatura de la clase media catalana baja...

(Y acabamos hablando de su padre, ya que no hablamos de sus amigos Gil de Biedma, de José Agustín Goytoso, de Costafreda, de Ferrán, de Castellet...)

—Mi padre era editor y gráfico y tipógrafo... Estudió Bellas Artes en Valladolid, donde vivió una larga etapa de su infancia y su adolescencia. Y terminó Bellas Artes en Barcelona. Es curioso, porque yo guardo academias de mi padre, que deben ser en los últimos años del siglo XIX, y son exactamente las mismas y absolutamente intercambiables con las academias de Picasso de la misma época, que guarda el Museo Picasso; de lo cual deduzco que estudiaron en las mismas aulas, en el mismo año, y que tenían los caballetes uno al lado del otro. Los caballetes estaban a menos de un metro de distancia... Luego las circunstancias de familia le obligaron a hacerse... y así empezó toda esa historia...

(Esa historia siguió luego en la biografía literaria de Carlos Barral, con su vitola de viejo marino, propio de una balada de Coleridge.) ■ V.M.R.

(Fotos: RAMON RODRIGUEZ.)



Director:

Eduardo Haro Tecglen

En su número 79, de junio, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- LA ERA DE MITTERRAND, por José M.^a Solé Mariño.
 - HACE CINCUENTA AÑOS: LA «QUEMA DE CONVENTOS», por Eduardo de Guzmán.
 - HISTORIA DE UN HOMBRE QUE PERDIÓ LA GUERRA, por Manuel Izquierdo.
 - ARTICULOS SOCIALISTAS INEDITOS: UNAMUNO Y «LA VOZ DEL PUEBLO», por José Ignacio Barrón García.
 - EL PRIMER GOBIERNO LABORISTA (1923-1924), por Juan Carlos Pereira.
 - LA CONQUISTA DE LA PEQUEÑA TIERRA: MEMORIAS DE BREZHNEV, por Carlos Sampey.
 - REFLEXIONES SOBRE LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA, por Enrique Miré Magdalena.
 - ESPAÑA 1951: Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán.
 - LIBROS «Pedro III el Grande» y «Esaños de penitencia».
 - MISHIMA, UN FASCISMO JAPONÉS, por Miguel Bayón.
- INDICE DE «TIEMPO DE HISTORIA».
- (NUMEROS 51 AL 75), realizado por Fernando Tafalla Cartagena.
- LIBROS: «La vigencia de la Ley de Divorcio de la II República».